

torio; mas, son los hechos lo que la van encauzando en un sentido determinado, prescindiendo de toda norma escrita. Por eso, se puede decir que el fascismo es Mussolini. Lo único que hay de inmutable en el fascismo es la violencia. «El fascismo—dice Güterbock—se apoderó del gobierno por el terror». Y seguramente, pensamos nosotros, por el terror se mantiene en el gobierno. Mussolini hace el elogio de la violencia, dice que ella es santa. «Mi saludo es una palabra encantadora y pavorosa: ¡Guerra!» Estamos, pues, frente a un hombre de carácter, de fuerte personalidad, que como un artista ha ido plasmando la fisonomía política de su país, extrayendo de los elementos vitales del pueblo italiano los ingredientes primarios para amoldarlo a su imagen y semejanza.

Más que un estudio a fondo de la política fascista, es este libro la historia ideológica de Mussolini hasta el año 1923, libro interesante porque nos da a conocer, primero la vida de un socialista que repudia el socialismo, y en segundo término, la de un republicano que mantiene al monarca como un elemento decorativo.

Una poderosa voluntad y una gran inteligencia. Un hombre. Ese es el Mussolini que conocemos a través de este libro, sin tomar en cuenta el elogio desmedido que nace de la simpatía ideológica.—*Milton Rossel*.

LA AMERICA BÁRBARA.

El ensayo ideológico que postule el redescubrimiento espiritual de esta nuestra «tierra de todos» es siempre de dramático y cordial interés. «Conoce tu continente» debe ser el imperativo apotegma de estos días de triste miseria conceptiva y económica.

Sud América es la niña boba e ingenua, romántica e ilusa que noveló Jorge Isaac con nombre de aldeana semita y de santa católica a la par. Es menester que «María» deje el balcón enflorado y comience su labor. Es indecoroso que siempre espere al «príncipe de Golconda o de China», cantado por Darío. Por

lo demás, el romance dulce y llorón de Isaac representa patéticamente a este continente hembra en permanente estado de contraer... deudas, ideas y artilugios.

Y bien, Emilio Rodríguez Mendoza ha puesto la pluma en la llaga latinoamericana. Su libro (1) es el desfile dilacerante de «los caudillos bárbaros», para emplear el lenguaje de Alcides Arguedas.

¡Cuánta nobleza hay en estas páginas! No puede ser de otra guisa, puesto que es el examen de todo un siglo vergonzoso pasado en el «continente esperanza».

El libro de Rodríguez Mendoza forma una especie de friso babilónico. Ahí están los caciques sanguinarios, místicos y sensuales como los depositarios de la vida y los dispensadores de la muerte de sus semejantes.

El autor es un literato de gran fuerza evocativa. Al mágico conjuro de su péñola salen de la penumbra las pardas siluetas de los amos de «la América bárbara».

Cuando el continente colombino conquistó la independencia política, no estaba el pueblo preparado para tomar a su cargo el pomposo sistema democrático que adoptó. De ahí vino una larga y dolorosa época de cuartelazos y levantamientos. Generales y capitanes generales se alzaron en armas contra el poder. La visión política de los caudillos correspondía a su alma provinciana. No tuvo ninguno de los jefes de estado del siglo pasado una perspectiva histórica para unir estos países sureños. La ignorancia o mala fe, no permitió soñar con una generosa unión territorial. (Bolívar es la excepción que confirma la regla).

El caso más singular de lo que he afirmado lo representa el ascético dictador Gaspar Rodríguez de Francia. Quiso este peregrino «estadista» aislotar el Paraguay del resto del mundo. El país era una especie de cuartel monacal. Pero lo más insólito, no habría sido el propósito del solitario Francia, sino la ejecución de su personalísimo gobierno por casi cuarenta años.

En el bajorrelieve en que más ha penetrado el alma del ar-

(1) Editorial Ercilla.—Santiago de Chile.—1933.

tista que hay en Rodríguez Mendoza, es en el dedicado a García Moreno.

El «tirano» del Ecuador es una especie de Felipe II sudamericano. Es el catolicismo militante y triunfante; es la monacal creatura que oye misa a diario y hace decapitar también casi a diario a sus enemigos.

Frente al «tirano» se alza la noble figura del hidalgo de la pluma: Juan Montalvo. Vive en el destierro. Pero su sátira violenta y aceda cabalga en los signos inmortales de la imprenta.

Son dos fuerzas de la naturaleza que se repelen con igual pasión y violencia. Empero, es el espíritu liberal de Montalvo el triunfador. Su acusación panfletaria ha quedado vibrando de indignación. En cambio, el fanático García Moreno cayó signado por el arma vengadora, aunque ominosa.

La obra de Rodríguez Mendoza viene a presentar en una cinta literaria la galería de los caudillos de la América bárbara. Bárbara por su incultura, por su afán de copia absurda de regímenes y de legislaciones inadecuados.

No es necesario extenderse en consideraciones sobre el valor estético del libro. No. Es un volumen arquitectado y de grávida emoción creadora. «El hombre necesita claridad y alivio» ¿no lo dijo Goethe? Pues bien, el novelista de «Santa Colonia» ha dado esa claridad acerca de uno de los estadios más negros de la historia nuestra, y ha brindado alivio al que ha hambre y sed de conocimiento. ¿No es acaso el conocimiento el mejor don que el hombre pueda dar al hombre?—*Norberto Pinilla.*

SIN BRÚJULA, por *Domingo Melfi.* (1)

 El libro de Melfi, desde su primera página despierta nuestra curiosidad, la cual, poco a poco, se transforma en un interés creciente, por la firmeza de sus conceptos, la gravedad de los problemas que aborda y la galanura y riqueza de su estilo.

Desde luego, el título mismo, así como las denominaciones de sus diversos capítulos, forman una especie de estroma invi-

(1) Ediciones Ercilla.—Santiago de Chile.